

PASIONES, INTERESES Y HUELGAS*

Una huelga nacional exitosa y cívica, aunque en el marco de un formidable dispositivo armado de precaución, incita a la reflexión. Leí en esos días, para evitar la trabajosa lectura de escritos puramente económicos, un pequeño libro de Albert Hirschman, grande entre los grandes de la economía del desarrollo, titulado *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo antes de su triunfo*. Hacía más de 20 años que su lectura me impresionó por su carga filosófica y cultural. Pero confieso que no me acordaba prácticamente de su contenido. Resultó el libro ideal porque una parte no despreciable trata explícitamente la relación entre gobierno, economía y huelga.

Por los siglos XVII y XVIII, muchos politólogos, juristas y filósofos se espantaban de la bruta pasión por el ejercicio violento e irreflexivo del poder de los monarcas absolutos: guerras continuas, expropiaciones arbitrarias, cargas impositivas inesperadas, discriminaciones o favoritismos administrativos, quiebras estatales por incumplimiento de amortizaciones de préstamos recibidos y devaluación de la moneda. Los tiempos eran más para estudiar el hondón de las pasiones y su clasificación —cada una con su rango de peligrosidad— que para soluciones no psicológicas o morales. San Agustín y, en el fondo, San Juan prestigiaron la triple taxonomía de concupiscencia de poder, dinero y carne. Las dos primeras ejercían un devastador influjo en la vida social y la última predominaba en el subreino familiar y personal. Las tres son peligrosas. Cada cual busca su propia ventaja, pero rara vez como dicta la sana razón; el apetito es el único guía, sin tener en cuenta el futuro, el bien de otros, creencias o razonamientos. Así actúan las pasiones.

* 21 de noviembre de 2003

Hasta aquí nada nuevo. Nuestros pensadores arribaron prontamente a dos axiomas: la razón nada puede contra la pasión cuando esta se desata; solo otra pasión alcanza a frenarla. Siempre se presuponía, porque se estaba viviendo, que el enemigo era la pasión de poder y dominio del Gobierno. Montesquieu dio un paso importante: contra la pasión de poder había que levantar la práctica de la división del poder; contra la pasión del rey, introducir la pasión de poder del parlamento o del congreso y la pasión por el poder de los letrados encargados en única instancia de defender la constitucionalidad y la legalidad. Elemento fundamental de la división de poderes no es la necesaria demarcación de ámbitos de competencia; se requiere, además, la voluntad de los poseedores de poder de imponer su dominio en sus respectivas parcelas. Pasión de un poder contra la de otro. Ser juez, ser parlamentario, es ser víctima activa de la pasión por el poder.

A medida que el proceso económico fue avanzando, se avizoró que la pasión por el dinero era freno eficaz del apasionado poder estatal. Vino primero la introducción de la letra de cambio para solventar obligaciones actuales en el futuro, en lugares distintos y mediante terceras personas. Esta notable y bien tardía invención permitía frustrar todo intento del Gobierno de expropiar de toda su riqueza a quien desease. Podría expropiar por la fuerza la propiedad inmobiliaria, pero no la mobiliaria de letras de crédito, más tarde acciones y obligaciones y hoy depósitos «exiliables» hasta con un clic de computadora.

Nuestros pensadores de la Ilustración veían que la pasión por el dinero era no solamente compatible con el ejercicio de la razón y con la consideración de personas y tiempos, sino que ella era imposible si de esa razón se prescindía. Además, la letra de cambio amplió de manera considerable los mercados de los bienes producidos y estimuló la producción de otros. Los pueblos y las ciudades aumentaron de población y el intercambio de relaciones interpersonales de tipo profesional se hizo más intenso, lo que creó grupos de intereses afines que exigieron nuevos dirigentes que marcaron el tono de la dirección de los gremios. Millar, uno de los varios notables pensadores escoceses del siglo XVIII (entre ellos figura nada menos que Adam Smith), describe el cambio cultural y social:

(...) los fuertes dan valor a los débiles, los decididos confirman a los dudosos y el movimiento de la totalidad de las masas avanza con la uniformidad de una máquina y con una fuerza frecuentemente incontenible. Cualquier abuso gubernamental ocasiona un descontento social, y

se une una buena parte de la población en la demanda de la revocación de sus causas. El menor motivo de queja en una ciudad se convierte en ocasión para una protesta y las llamas de la insurrección saltan de una a otra ciudad hasta crearse una revuelta nacional (...) El clamor de las multitudes del populacho (!) en las grandes ciudades es capaz de penetrar las más recónditas interioridades de la administración, de intimidar a los ministros más audaces y de desplazar a los más fatuos favoritos de sus escondrijos. La voz de los intereses mercantiles jamás pasa inadvertida a los gobernantes y, si es firme y unánime, es capaz hasta de controlar y dirigir la deliberación de los ministerios

La pasión del poder gubernamental encuentra, pues, valladares gracias a los efectos de la pasión por el dinero, de los intereses.

Obviamente, estas manifestaciones de los intereses pueden llegar a la rebelión. Un curioso pensador, el doctor Andrew Ure, subrayó en su libro *La filosofía de las manufacturas*, 1835, el papel clave jugado en esas peligrosas rebeliones por los empresarios comerciales e industriales. Los intereses limitan la pasión de poder de los gobiernos y pueden llegar a tumbarlos.

Sin llegar a esos extremos, conviene recordar otra vía de influencia de los intereses sobre el poder gubernamental: su exigencia de una administración estatal fría y racional. A primera vista, el poder de los gobernantes aumenta con el de la riqueza de los habitantes de un país, pero en la realidad son estos, por definición, la fuente de donde proviene su poder.

El gobernante se mueve entre dos extremos: el del abuso de poder que nace de los vicios y pasiones y el del respeto a las complejidades y vulnerabilidad del proceso económico moderno, que requiere de manos hábiles y serenas. Complejidad que convertiría decisiones arbitrarias en interferencias inimaginables, es decir, exorbitantemente costosas y disruptivas. La economía, los intereses, aman la predictibilidad y la constancia de hechos y de políticas. Las extravagancias, las precipitaciones y la inobservancia de algunos principios generales de comportamiento siembran inseguridad en el país y en el extranjero; la inseguridad tiende a paralizar la iniciativa, la falta de iniciativa prohíja estancamiento, mal uso de los recursos y falta de expectativas, si no racionales, por lo menos funcionales.

A base de medidas y políticas arbitrarias o tenidas por tales, el Gobierno debilita la economía incluso hasta el punto de perder él mismo la posibilidad de enriquecerse.

En resumen, los intereses limitan la pasión por el poder de los gobernantes de tres maneras: o llevándose del país su riqueza financiera y técnica, o protestando de manera amenazadora contra provocaciones arbitrarias del Gobierno, o forzándolo a actuar racionalmente y no pasionalmente so pena de paralizar la producción.

Pero tampoco podemos dejar de percibir los efectos funestos de erigir los intereses en la guía máxima de la política.

Dejando de lado la ingenuidad de no ver en ellos fuentes de desigualdad, de injusticia y de vulgar materialismo (algo demasiado fácil de percibir para quienes vivimos en este siglo XXI), seríamos demasiados optimistas si no confesáramos que hoy los intereses —la pasión del dinero— necesitan poderosos correctivos que deben estar, en parte al menos, en manos del Estado. Economía y Gobierno se requieren correctivamente. Puede que las huelgas cumplan esa función.

Hay otro argumento en contra de la tesis de que la compleja interdependencia de la economía moderna hace casi imposible abusos masivos del Gobierno. Muchos, al alcanzar cierto grado de bienestar, no quieren arriesgarlo en protestas contra abusos estatales. En vez de ambientes sociales agresivos, reinan climas de oportunismo, de indiferencia aparente y hasta de fatalismo. El comportamiento de los gobiernos no se cuestiona bajo el espacioso argumento de que todos los gobiernos son igualmente malos y de que, por lo menos, bajo el actual vivimos. Para muchos, los intereses medianamente satisfechos significan muerte del espíritu cívico y apertura de la puerta a la tiranía. La huelga como mecanismo social de equilibrio contra la arbitrariedad pierde eficacia porque la tranquilidad se antepone a la justicia.

Conclusión

La huelga, aunque se diga que no consigue nada y que impide el derecho al trabajo de otros, puede ser, en caso de arbitrariedades públicas, social y moralmente útil.